

**UN ARAGONES EN CHINA (1625)**  
(Apuntes para la historia de la Etnografía española)

*por Carmelo Lisón Tolosana*

El Celeste Imperio ejercía hace cuatrocientos años en el Occidente una fascinación y deseo de conocerlo que en realidad todavía no se ha agotado. Entonces, como hoy, se quería penetrar el misterio chino y también abrir espaciosas fronteras a algo más prosaico: al comercio. ¿Cómo eran los chinos? ¿Era realmente tan sorprendente su civilización? ¿Qué costumbres y creencias tenían? ¿Qué intercambio de productos se podría realizar con ellos? Ruy López de Villalobos, Miguel López de Legazpi y Guido de Labezares se repetían a sí mismos estas preguntas desde la atalaya filipina hacia la mitad del siglo XVI. Legazpi, gobernador y capitán general de Filipinas desde 1569, ideó un vasto plan de organización comercial: Filipinas sería el nudo del tráfico de especias entre Japón, China y España. Detrás del gobernador e insistiendo por la necesidad de tener un conocimiento sobre China de primera mano, estaba fray Martín de Rada O.E.S.A. La curiosidad, el deseo de cristianizar el Imperio, trabajaban en aquella dirección.

En 1572 muere Legazpi, después de haber fundado Manila, y le sucede el vizcaíno Labezares. A los dos años de su

mando el conocido pirata chino Li-Ma-Hong o Lin-Feng atacó Manila. Reforzó la guarnición Juan de Salcedo y le obligó a retirarse a Panganisán, donde lo cercó. Unas semanas más tarde arribó un barco chino, capitaneado por Wang-Wang-Kao, a quien había enviado Ho-Moi-Kong, virrey de Fo-Kiang, en persecución de Li-Ma-Hong. Salcedo agasajó a Wang-Wang-Kao y lo envió a Labezares quien, adivinando la contrapartida que podía obtener, recibió solemnemente al capitán chino. El gobernador prometió a Wang-Wang-Kao la persona del temido pirata chino a quien creía que ya tenía en sus manos; para captarse más al capitán y autoridades chinas, le dio los prisioneros que los españoles habían tomado del pirata. Wang-Wang-Kao creyó próximo el fin de la pesadilla de Li-Ma-Hong y para corresponder a las finuras de Labezares ofreció llevar a China algunos españoles. Por fin se abrió la puerta del Imperio. A Labezares le faltó tiempo para aceptar la oferta. Los agustinos Martín Rada y Jerónimo Marín y los militares Miguel de Loarca y Pedro Sarmiento, con criados y servicio, compondrían la embajada.

La oportunidad era única y convenía prepararla con meticulosidad. Labezares era prudente e inteligente. Escribe cartas a las autoridades chinas de Foochow y Ch'üanchou y les envía regalos; además redacta instrucciones «modelo» (1) para regular el comportamiento en tierras chinas de la misión española. Debían los enviados ser portadores de la amistad española y suplicar permiso para que los misioneros pudieran predicar allí el evangelio. Otro punto importante a conseguir era una base comercial en Fukien. Y naturalmente, los españoles debían ser todo ojos para captar el carácter, hábitos y costumbres, modos de comerciar y secretos de los chinos. Por otra parte, su comportamiento en China tenía que ser absolutamente ejemplar. Les prohibía mofarse o reírse de sus creencias, ídolos, templos y ceremonias religiosas; no debían expresar sorpresa ante lo que vieran, ni criticar los diferentes

---

(1) Así están calificadas por C. R. Boxer, de autoridad sin rival, en los descubrimientos y hazañas de portugueses y españoles en el Lejano Oriente. Véase su obra, a la que sigo en este comentario: *South China in the Sixteenth Century*, London, 1953, pp. XLV-XLVI.

modos de vida o comportamientos. Ningún español hablará con mujer china porque puede dar al traste con los fines perseguidos en la embajada; tampoco saldrán por las calles llegada la noche. Y desde luego, pagarán justamente lo que reciban o compren de los chinos.

Fray Martín de Rada, «Las Casas de las Filipinas», el primer europeo que se percató de que la Cathay de Marco Polo era la China que él visitaba, escribió a su regreso en Manila o Cebú su conocida *Relacion verdadera de las cosas del Reyno de Taibin, por otro nombre China, y del viage que a el hizo el muy reverendo padre fray Martín de Rada, provincial que fue del orden de St. Agustín, que lo vio y anduvo en la provincia de Hocquien, año de 1575, hecha por él mismo*. Una copia del siglo XVI puede verse en la Biblioteca Nacional de París. Esta *Relación* fue publicada en la *Revista Agustiniiana* en los vols. VIII, pp. 51-3, 112-22, 293-300, Valladolid, 1884; y IX, pp. 231-237, 1885. También Miguel de Loarca pasó a folios sus impresiones, que pueden leerse en *Verdadera Relación de la grandeza del Reyno de China con las cosas más notables de allá hecha por Miguel de Loarca, soldado, uno de los que fueron allá desde las Islas Luçon que aora llaman Philipinas. Año de 1575*. Hay copia en la Academia de la Historia. Con estas *Relaciones* comienzan realmente las descripciones etnográficas españolas sobre China (2).

Parece ser que la de Loarca es la *Relación* más completa e interesante, pero hasta hoy ninguno de sus manuscritos ha sido enteramente publicado (3). Como no la he tenido al alcance, voy a referirme brevemente a la de fray Martín.

Comienza describiendo la situación y extensión del Imperio y las provincias en que está dividido. Enumera las ciudades

---

(2) Les preceden las portuguesas de Galeote Pereira: *Alguas cousas sabidas da China por portugueses que estiverao lá cativos e tudo na verdade que se tirou dum tratado que fez Galiote Pereira homem fidalgo que lá esteue alguns annos e vio tudo isto passar na verdade o qual he de muito credito. Escrita en 1561*; y de fray Gaspar da Cruz O.P.: *Tractado em que se cotam muito por esteso as cousas da China, co suas particularidades, e assi do reyno dormuz, coposto por el R. padre frey Gaspar da Cruz da orde de Sam Domingos. Euora 1569*. Ambos citados por Boxer, o. c., p. 344.

(3) Consecuencia de una desidia imperdonable es también el que no

que clasifica en *hu* o *fu* y *chuy* o *chiu*, siendo las primeras presididas por autoridades superiores. Sigue un capítulo en el que detalla los soldados, armas y guarniciones, dando estadísticas militares para cada provincia. También nos ofrece en largas columnas estadísticas por provincia, el número de cabezas de familia y de los impuestos contribuidos. Estas páginas revelan la clasificación social china, su correspondiente tributación, etiqueta y vestido y también cómo el fraile se enteraba de los modos chinos de burlar al fisco. El capítulo sexto es un relato de las dinastías míticas y reales chinas; a éste sigue una descripción de las costumbres, maneras y vestidos de hombres y mujeres, de alta y baja categoría y poder. Los mandarines llaman, como no podía ser menos, su atención. Fascinan las páginas que dedica al solemne y puntilloso protocolo ceremonial que envuelve todo comportamiento social. La larga narración del ritual de la comensalidad, de los banquetes en que fue soberbiamente obsequiado, la necesaria armonía entre el rango, la etiqueta y las mesas puestas para una persona, las representaciones teatrales y conciertos durante la comida, etc., hacen de esta obra una joya para el etnógrafo y el sinólogo. Siguen varias páginas en las que proporciona la localización de minas, de edificios notables y pagodas, da noticia de animales, moneda, barcos, papel, libros y grados universitarios. La organización político-judicial le llamó la atención y la detalla ampliamente, lo mismo que las sanciones y castigos. Interpreta la jerarquía nativa y además de dar los nombres chinos —en la lengua de Amoy generalmente—, proporciona equivalencias castellanas para que puedan entenderse, aunque sólo sea aproximadamente. Así *commun* es virrey; *tontoc*, capitán general; *pauchiu*, tesorero real; *viancay*, alcalde mayor; *tihu*, alcalde; *ansasi*, corregidor, etc. Y así continúa hasta las últimas autoridades en la escala jerárquica.

Los magistrados, sus sesiones judiciales, etiqueta correspondiente, los azotes que ordenan con cañas de bambú, la

---

haya edición completa de su interesante obra sobre tribus filipinas. Extractos de ella pueden leerse en J. Delgado S.J.: *Historia General de las islas del Poniente llamadas Filipinas*, Manila, 1892, pp. 371-92, citada por Boxer, o. c., p. XLV.

forma de ejecutarlos con hombres y mujeres, los inspectores que recorren el Imperio para que la justicia llegue hasta los más humildes, la competencia de jueces, los castigos a los familiares de los reos, los niños incluidos, etc., tal como están relatados, presentan al lector una imagen vívida e inolvidable de la justicia china en el siglo xvi. Y tratándose de un fraile, no podía faltar un capítulo sobre los dioses, ídolos, templos y fiestas. La cosmogonía sínica se conjuga e interrelaciona con los dioses, masculinos y femeninos (*Quanyin*), con los santos (*fut* y *pousat*), demonios, oraciones, perfumes, sacrificios, votos, promesas y ofrendas. Termina este capítulo undécimo con una relación de las fiestas anuales. Unos párrafos dedicados a los «frailes», eremitas y «monjas» nativos concluyen la *Relación*.

Rada tiene algo más en su haber. No sólo trató de observar directamente y enterarse de lo que ocurría a su alrededor, sino que además adquirió una colección de libros chinos, de los que entresacó todo su material estadístico. El interés del religioso por conocer la *Weltbild* china viene demostrado por esta lista —abreviada— de obras que coleccionó durante su estancia :

- a) Descripciones del Imperio; del palacio real, cargos de la casa imperial, rentas y manera de recaudarlas.
- b) Noticias sobre puertos, calidad de los mismos, artes de navegar y construcción de barcos.
- c) Volúmenes sobre la historia china, sucesión y formas de gobierno; leyes del reino, administración de justicia y sanciones.
- d) Usos y costumbres; capas sociales.
- e) Teología sínica; concepciones sobre el cielo y el infierno, sobre el alma y la inmortalidad, sobre los sacrificios, plegarias y ceremonias, funerales y culto a los antepasados.
- f) Libros sobre hierbas, medicinas, enfermedades, remedios, piedras preciosas, metales, planetas, estrellas y astrología.
- g) Obras en las que se relatan las ideas y conocimientos que los chinos poseían sobre otras naciones.
- h) Sobre juegos, deportes, marionetas, música y canciones.

- i) Descripciones de vidas de personas célebres y de santos.
- j) Tratados de aritmética, matemáticas y arquitectura.
- k) Compendios sobre la fertilidad de las tierras, cuidado de caballos y otros animales domésticos.
- l) Consideraciones sobre la concepción, embarazo y nacimiento.
- m) Obras en torno a la quiromancia, interpretación de sueños y augurios en general.
- n) Páginas suntuarias sobre la casa real, insignias, escudos, armaduras, instrumentos de guerra, etc.

No conozco ningún esfuerzo similar, en aquel siglo, por conocer a otra cultura. Visitó el religioso bibliotecas locales, adquirió muestras de las distintas esferas de la acción, comportamiento y pensamiento chinos, requirió a expertos para que le aconsejaran e interpretaran y, cargado con todas esas fuentes de conocimiento, regresó a Filipinas. El epílogo de esta magnífica empresa científica es triste: todas estas obras o han desaparecido sin dejar huella o, desconocidas, las cubre el polvo y el olvido (4).

También es posible que algo de esa riqueza pasara a la obra, publicada en Roma en 1585, de fray Juan González de Mendoza O.E.S.A., nacido en Torrecilla de Cameros en 1545. Se titula: *Historia de las cosas mas notables, ritos y costumbres del Gran Reyno de la China, sabidas assi por los libros de los mesmos Chinos, como por relacion de Religiosos y otras personas que an estado en el dicho Reyno*. El autor, como ya indica en el título, conocía y se sirve de las relaciones previas, principalmente del *Tractado* de Gaspar da Cruz, de la *Relación* de Martín de Rada, y también de la del encomendero Miguel de Loarca. La aceptación, a nivel europeo, de esta *Historia* fue realmente extraordinaria. Fue algo así, y no es mía la expresión, como el *best-seller* de la época. En menos de quince años se sucedieron treinta ediciones en todas hablas importantes europeas. Los intelectuales europeos, incluidos Francis Bacon y Walter Raleigh (5), conocieron a China y a

---

(4) Boxer, o. c., p. LXXXIV-LXXXVI.

(5) Boxer, o. c., p. XVII.

los chinos, principalmente a través de esta obra. China se hizo accesible a Europa a través de un autor que nunca puso sus pies en aquella misteriosa tierra. La *Historia* fue reeditada en español en 1944, Madrid, dentro de la colección *España misionera*.

Antes, en 1575 y en Medina del Campo, se habían publicado dos volúmenes con el comprensivo título *Repúblicas del Mundo*, cuyo autor era fray Jerónimo Román. La obra pretende dar una visión global y como es natural en estos casos, se alimenta el conjunto de tratados particulares, del de Gaspar da Cruz concretamente en el caso de China. También se sirve del mismo manantial Bernardino de Escalante, quien compuso *Discurso de la Navegacion que los Portugueses hazen a los Reinos y Provincias del Oriente, y de la noticia que se tiene de las grandezas del Reino de la China*. Vio la luz en Sevilla en 1577. Quiero citar, por último, el poco conocido *Libro y Relacion de las grandezas del Reyno de la China. Hecho por un Frayle descalço de la orden de Sanct Francisco, de seys que fueron pressos en el dicho Reyno en la isla de Haynam en el año de 1585* (6).

En conjunto, y por razones que paso por alto, la temprana

---

(6) Boxer, o. c., p. 353. En cuanto a bibliografía sobre el Extremo Oriente con extremos etnográficos, pueden consultarse además del *Epítome de la biblioteca oriental y occidental* de Antonio de León Pinelo, las siguientes obras: *Catálogo de los documentos relativos a las Islas Filipinas, existentes en el Archivo de Indias de Sevilla*, por Pedro Torres y Francisco Navas, que está precedido por la *Historia general de Filipinas desde los primeros descubrimientos...* por Pablo Pastells S.J. Barcelona, 1925, nueve vols. F. Colín y P. Murillo Velarde: *Labor evangélica de los obreros de la Compañía de Jesús en las Islas Filipinas*, obra reeditada en parte por P. Pastells, en tres vols. Barcelona, 1900-1902. A. R. Rodríguez Moñino: *Bibliografía hispano-oriental. Apuntes para un catálogo de los documentos referentes a las Indias Orientales (China, Japón, Cochinchina, etc.) de las colecciones de la Academia* publicados en el *Boletín de la Academia de la Historia*, XCVIII, pp. 417-475. Madrid, 1931. W. E. Retana: *Catálogo de la Biblioteca Filipina*. Madrid, 1893. *Descubrimientos, descripciones, poblaciones y gobierno de Filipinas. Años 1537-1606*. Archivo de Indias 1, 1, legs. 1/23, 2/24, 3/25. Como el anterior, también en manuscrito: *Informaciones de los servicios hechos por los primeros descubridores, conquistadores y pobladores de las islas Filipinas, Años 1568-1634*, Archivo de Indias 1, 2, legs. 1/19, 2/20. Fray Gregorio Santiago Vela O.E.S.A.: *Ensayo de una Biblioteca Ibero-Americana de la Orden de San Agustín*, Madrid, 1913-1925, siete vols.

misión a China no cristalizó en los resultados apetecidos. Los españoles no consiguieron establecerse para predicar el evangelio y comerciar con los nativos. Ahora bien, aunque perdida esa primera oportunidad, no cesaron posteriormente en su empeño de penetrar la imponente muralla china. Creo que el mismo objetivo económico estaba fijado para la nueva embajada enviada a Macao, años más tarde, y encomendada al padre Adriano de las Cortes, de la Compañía de Jesús. A este jesuita aragonés y a su cautiverio y relación consecuente, voy a dirigir mi atención en lo que resta de este ensayo.

Adriano de las Cortes nació en Tauste, provincia de Zaragoza. En cuanto a la fecha de su nacimiento hay una discordancia de dos años; Sommervogel (7) escribe que tuvo lugar en 1578, mientras que H. de la Costa (8) da la fecha de 1580. He intentado obtener de Tauste una aclaración de la divergencia numérica, pero mi gestión no ha tenido éxito. Además, el primero de estos autores afirma que entró en la Compañía de Jesús en 1595, mientras que el segundo da como fecha concreta el 3 de mayo de 1596. Llegó a Filipinas, según H. de la Costa, el 22 de junio de 1605. Tanto Sommervogel como Guilhermy (9) dan a entender que la decisión de su superior de enviarlo a aquellas lejanas misiones tenía mucho que ver con el esfuerzo de su familia para sacarlo de la Compañía; «ressenti en extrême», dice Guilhermy, refiriéndose a su parentela, «n'hésita pas à faire appel aux pouvoirs ecclésiastiques»; no obstante, el empeño familiar no logró la vuelta a casa de Adriano, antes al contrario, provocó su viaje a tierras de antípodas. Profesó el 16 de mayo de 1613 y murió en Manila el 6 de mayo de 1629; los dos autores mencionados al principio están concordantes en cuanto a la fecha de su paso a otra vida. Guilhermy, que parece seguir a Murillo Velarde (10), termina su nota sobre el padre las Cortes diciendo que

---

(7) *Bibliothèque de la Compagnie de Jésus, Nouvelle édition par Carlos Sommervogel S.J. Bibliographie T. II.* Bruxelles et Paris, MDCCCXCI, columna 1487.

(8) H. de la Costa S.J.: *The Jesuits in the Philippines*, Harvard University Press, 1961, p. 611.

(9) P. Elesban de Guilhermy: *Ménologue de la Compagnie de Jésus, Deuxième Partie*, Paris, 1902, p. 30.

(10) En su conocida *Historia de la Provincia de Pilipinas*, libro I,



tenía a su muerte 51 años, y que había pasado 34 en la Compañía; si estas fechas son correctas, vienen a corroborar las que da Sommervogel para el nacimiento y entrada del padre Adriano en la Compañía.

Prácticamente toda su vida apostólica discurrió en las misiones de las islas Bisayas. Fue el superior de la residencia jesuítica de Tinagón. En 1618, cuando era rector de San José, tuvo lugar este episodio (11): las autoridades del Colegio de Santo Tomás, que acababa de fundarse, eligieron como parte del uniforme de sus escolares un gorro escarlata; los «josefinos» o escolares de San José notaron pronto la similitud de aquel uniforme con el que ellos vestían, lo que les molestó. Su rector, el padre de las Cortes, presentó un pleito ante el gobernador de la colonia alegando copia o plagio y el derecho primero que les asistía en su demanda. Como resultado, las relaciones entre San José y Santo Tomás se enturbiaron su poquillo.

Mucho más interesante es otro episodio de su vida. Las autoridades de Manila «ayant un affaire très important a traiter avec les portugais de Macao», según Sommervogel (12), consiguieron a fuerza de ruegos del superior de la Compañía que fuera encargado de la negociación el padre de las Cortes. Y aquí vuelve a aparecer la discordancia de fechas: el viaje tuvo lugar en 1627, según Guilhermy; en 1621, según Sommervogel, quien a su vez copia a Murillo Velarde. Por mi parte creo leer en el primer folio del manuscrito sobre el viaje, que he consultado, lo siguiente: «Esta [Manila] tuvo necesidad el año 1625 de enviar una persona a ella [Macao] a tratar cierto negocio de consideración... Hicímonos a la vela en la playa de Manila a 25 de enero del dicho año de 1625 en una galeota llamada N.<sup>a</sup> S.<sup>a</sup> de Guía». Si leo correctamente no hay lugar a dudas sobre la fecha del viaje.

---

cap. 12, fol. 47, núm. 115; se trata del segundo volumen de la o. c., que comprende desde 1616 a 1716. Madrid, 1663-1749 y que se debe al padre Murillo Velarde.

(11) H. de la Costa, o. c., p. 360.

(12) Obra y columna citada. Lo mismo repite Guilhermy, o. c., p. 30. «Cierta negociación de consideración», dice el mismo padre Adriano en el primer folio de su manuscrito. La reticencia parece implicar que se trataba de una misión económica o comercial.

Después de varias peripecias menores, una tempestad arrojó el barco sobre la costa China; los pasajeros fueron maltratados, robados, muertos algunos y hechos prisioneros los demás por los chinos. Entre estos últimos tuvo la fortuna de contarse el aragonés, quien padeció arresto de provincia en provincia hasta que pudo regresar a Manila, sin haber llevado a cabo, claro está, su cometido. De nuevo consagra su vida a la actividad apostólica entre los filipinos hasta que agotado, regresó al Colegio de Manila, en el que expiró.

Fruto de este cautiverio chino es el manuscrito titulado *Viaje de la China*. Consta de dos partes. El título de la primera viene dado así por Murillo Velarde (13): *Primera parte de la Relación que escribe el P. Adriano de las Cortes de la Compañía de Jesús, del viage, naufragio y cautiverio, que con otras personas padeció en Chanceo, Reino de la Gran China, con lo demás que vio en lo que della anduvo, 1621-1626*. La intitulación de la segunda es todavía más prolija; dice así: *Segunda parte de la Relación en la qual se ponen en pinturas y en plantas las cosas más notables que se an dicho en la primera parte, citándose a los capítulos de ella, y añadiendo algunos nuevos puntos, y declaraciones sobre cada una de las pinturas*. Y continúa: «van al fin tres capítulos de la luz del Santo Evangelio y Christiandad que ay en la China, y otro de algunos varios sucesos que el año de mil y seiscientos y veinte y cinco passaron entre los Chinos y otros s[ucesos] de los Reyes que a avido y tiempo que reynaron en la Gran China». El padre Murillo añade además este comentario propio: «Notó muchas cosas acerca de la tierra; de los frutos, de las gentes, de las costumbres y otras cosas, de que hizo una exacta relación que dio mucha luz a los misioneros para el modo de tratar aquella gente» (14).

El manuscrito que he leído se halla en la biblioteca del British Museum, en la sección correspondiente a manuscritos españoles. El Catálogo lo da como original; el título de la primera parte es idéntico al que transcribe el padre Murillo, excepto la fecha del final, que no aparece en el manuscrito

(13) O. c., libro I, cap. 12, núm. 115-16.

(14) La cita la he tomado de Sommervogel, o. c. y columna c.

que yo conozco. Teniendo en cuenta que se lee en la primera página que el viaje tuvo lugar en 1625, se trata posiblemente de una interpolación. En cuanto a la segunda parte, termina abruptamente en el folio 174. La relación se quiebra en el capítulo primero, encabezado con este título: «De quan anti-gua a sido la predicacion del S. Evangelio en la Gran China» (fol. 172). Faltan por consiguiente los capítulos restantes que indica el título-índice de esta segunda parte. El manuscrito, en tanto en cuanto yo conozco, es único y está sin publicar. Por esta razón quiero dar a conocer algo de su contenido etnográfico.

El padre de las Cortes se hizo a la vela en la playa de Manila a finales de enero de 1625 en la galeota portuguesa Ntra. Sra. de la Guía, con 97 pasajeros, rumbo a Macao. Después de varios días de marcar, una violenta y persistente tempestad los arrojó a una playa china, unas 60 leguas al norte de Macao, cerca de la bahía de Amoy. Los que sobrevivieron al naufragio y a las medias lunas y catanas chinas fueron hechos prisioneros. Aquí comienza el cautiverio del grupo que fue conducido en odisea incierta ante varios mandarines de diferente jerarquía para ser juzgados.

Con manos atadas, sogas al cuello y casi desnudos, fueron paseados por diferente lugares, siendo objeto de curiosidad extrema. Los nativos no podían resistir el placer de ver y tocar a aquella desarrapada gente extraña. Y el padre de las Cortes abría sus ojos atónitos y escrutaba aquellos modos y maneras que unas veces le irritaban y otras le agradaban y hacían pensar. Resultado de la confrontación de dos culturas, la española y la china de la dinastía Ming, es el *Viaje de la China*. Pero veamos más de cerca este contacto intercultural para poder apreciar los motivos generadores de la relación etnográfica.

«A los caminos salía la gente a vernos» (fol. 21 v.) repite con frecuencia el narrador. Es deliciosa la descripción de sus primeras horas en la casa del chino que lo tenía prisionero: «íbase llenando el patio adonde yo estaba de chinos y chinas», escribe. Al llegar la hora de comer, las barreras culturales se hacen infranqueables y no sólo por la lengua. El mismo nos pinta la escena: después de comer «una tacilla de arroz

muy mal cocido... pedí agua por señas, no me la daban, y después de un largo rato tráenmela caliente al fuego como ellos la beben [le traen té, desconocido por los españoles]; yo perecía de sed y como no la bebí, pensaron que no pedía agua sino otra cosa; tráenme tabaco para tomar en humo, díle de mano y volví a pedir agua fría [que los chinos nunca bebían por considerar perjudicial a la salud]; y así ellos como ellas unas veces reían de ver las señas que hacía por el agua, otras mostraban curiosidad y querer saber y dar lo que pedía; tornan a traerme agua caliente» ... etc. (fol. 10). El jesuita se aferra a su costumbre y quiere agua, simple y natural; ante las señas que entiende pronto el chino le trae té, que es lo dictado por sus costumbres y creencias, y como costumbres, creencias y hábitos alimenticios difieren, no se entienden y las Cortes sufre sed: «apretábame la sed, pero viendo que después de tantas señas no me entendían me determiné de ofrecer a Dios la que padecía» (fol. 10); es decir, para atenuar la sed que una apreciación cultural no le permitía satisfacer, recurre a otro segmento cultural: la creencia.

Un incidente le hace olvidarse de la sed: «serían ya las tres o las cuatro de la tarde cuando oí tocar una campana de las suyas, y a su sonido entró a prisa mi casero, desató el ramal de mi dogal de la columna, y llevóme al paso que me había traído por la mañana, por varias calles... Salimos por una puerta de los muros hacia el campo, y entre mucha gente nos íbamos los pacientes por este camino, encontrando, persuadidos que era ya llegada la hora de nuestra muerte... Llegados a un llano o plaza en la cual estaba un palo muy alto... rodeado su pie de gradas de piedra al modo de... lugar de suplicio, vimos que estaba ya allí el mandarían a caballo». Carcelero y jesuita se arrodillan ante él y después de un breve diálogo, deshacen su camino. Respira creyendo que por el momento su vida ha sido perdonada, pero vuelven «a tocar arrebató» y es llevado otra vez a presencia del mandarín, pero esta vez a su propia casa, que describe con puntualidad. Allí le tienen de rodillas frente al mandarín, y después de varios sucesos que no entiende, le conducen a la casa de la que había salido. Estas idas y venidas le dejan perplejo y quiere indagar la causa. Escribe: «Tuve curiosidad en procurar

saber la causa de habernos llevado ... [al] ... Mandarín ... pues no habíamos visto ni podido colegir el para qué. Hallé que algunos de los nuestros habían visto a las espaldas del Mandarín una ventanilla con celosía, y que por ella nos estaba mirando una mujer, y preguntados después algunos chinos nos dieron después a entender lo mismo, y que era la del Mandarín. El señor le dé luz a ella para que le conozca, que su curiosidad nos dio a beber tan desabrido y amargo trago...». En otras palabras: la curiosidad femenina les había llevado al mandarín para que de esta manera, su mujer, pudiera ver de cerca a esos extraños. Su rango no le permitía mezclarse con otras mujeres para saborear de cerca la rareza de los extranjeros. Detrás de una celosía satisfacía su curiosidad (15).

La cita siguiente (fol. 15 v.) pone de relieve el contraste cultural, las reacciones de los chinos y la perspicaz observación del aragonés: «Como la multitud y vulgo a donde estábamos jamás habían visto extranjeros ni gente de otras naciones, ni entrado éstos su tierra adentro, ni saliendo [ni salido] los muchos de ellos de las suyas a otros Reinos, les era de una general admiración en los más de las ciudades y pueblos por donde pasábamos el vernos, particularmente tenían en qué ver mucho en nuestros negros, y no acababan de admirarse cómo lavándose no se volviesen más blancos. Generalmente en las más poblaciones que estuvimos, las casas de nuestros caseros parecían más estaciones de Semana Santa, acudiendo a ellas chinos y chinas sin darse vez a entrar unos y salir otros, sobre que solían reñir con ellos nuestros caseros; cosa que no creyera yo de ellos por lo mucho y generalmente se cuenta de encerrados y recatados. Intentaban algunos así de ellos como de ellas, llegar a tocarnos los cabellos de la cabeza, de las barbas, manos y piernas descalzos, y hiciéranlo si para ello se les diera lugar; sólo el ver no parecía que les satisfacía. Venían a vernos comer y tomar la comida con los dedos, que ellos lo hacen tan diestramente con dos palillos, con los cuales un solo grano de arroz crudo o cocido facilísimamente lo cogen y lo llevan a la boca sin tocarlo con las manos. En el lavarnos y enjuagarnos la boca y cosas semejantes, particularmente en

---

(15) Fols. 10 v., 12 v. y 13 v.

vernos beber una escudilla de agua fría, se admiran mucho, tanto que llegaban a quitárnosla de la boca y manos haciéndonos señas que si la bebiésemos nos había de hacer mucho daño. Una cosa reparamos en las mujeres y era que procuraban irnos a ver muchas juntas y en ocasión que no hubiese hombres, que parecía tenían espías que las avisasen cuando acertaban estos haberse ido, y si acaso, entradas ellas, sentían algún ruido aunque a las que parecían ser gente ordinaria y baja no se les daba mucho y estaban quedas, pero otras que parecían de más calidad, no veían por dónde huir, reconociendo que los que venían eran varones y a gran prisa se escondían y no volvían a aparecer hasta que eran idos. Al principio algunas veces nos sucedió llevarnos nuestros caseros y soldados a algunas casas principales, y a las veces de Mandarines, sin duda habiéndoseles pedido para que algunas señoras chinas nos viesen. Otras nos enviaban a llamar de propósito y claramente sabiendo que pasábamos por sus calles, y aunque es verdad que tales chinas no se dejan ver de chinos varones ni en sus casas, ni saliendo de ellas por las calles por las cuales van en sillas totalmente tapadas, pero respecto nuestro, era lo que digo; y de las que son gente común, querría decir que son más andariegas y cruzan más y con menos decencia las calles, que lo hacen sus iguales en España. De aquí se puede echar de ver, que los que tanto dicen y cuentan del encerramiento de las mujeres chinas (si es que hablan en general) debían hacer distinción y hacerlo solamente las de alguna calidad» (fols. 15 v.).

Muchos chinos se conformaban con verlos, como el protagonista de este relato: «Mientras ellos [mandarín y capitanes] estaban dando la dicha orden, por vernos, un pobre chino, desquició algo una puerta; al punto le mandó azotar el Mandarín allí luego en su presencia» (fol. 45). Otros «no se hartaron» de admirar el alano que llevaba el grupo cautivo (fol. 20 v.); pero lo que cautivaba la atención de los eruditos era la grafía española. Una vez invitan unos colegiales a comer a nuestro autor y con esta ocasión le hacen «escribir algunos papeles por la curiosidad de tener y guardar la forma y hechura de nuestras letras» (fol. 59 v.). «Moríanse por vernos escribir a nosotros... no acabamos en esto de satisfacerles por muchos

papeles que les escribiésemos ... admirábanse de ver cuan contrario es nuestro escribir al suyo» (fols. 67 v.). Con ocasión del juicio a que someten a los naufragos, uno de éstos quiere tomar juramento al intérprete «sobre la señal de la Santa Cruz» de que traducirá fielmente sus palabras. Entonces «tuvieron curiosidad los Mandarines de saber qué señal era aquella (fol. 32 v.). Naturalmente que al contraponer las formas y modos culturales cada grupo prefiere las suyas, como indica esta apreciación estética que copio del folio 97: «y párecenles a ellos las [narices] nuestras tan feas... [que] para pintar un hombre feo lo pintan con narices cuales las nuestras».

La curiosidad es el motor que pone en marcha las inteligencias para acortar distancias culturales y fabricar un puente de acercamiento a los otros. He indicado cómo espoleaba a los chinos; ahora voy a subrayar el mismo proceso operando en el padre Las Cortes. Este quiere dar una descripción objetiva y no pierde ocasión para informarse, preguntar y corroborar la veracidad de los datos obtenidos. Frases como éstas son frecuentes en la Relación: «con cuidado reparé en que...» (fol. 50 v), «informeme con cuidado y diligencia» (fol. 62), «informeme pues del precio una y muchas veces» (fol. 88), «allí mismo preguntámosles después algunas cosas acerca de su modo de vida» (fol. 42), «lo cual yo mismo medí (fol. 28 v.). Pero no se conforma sólo con recibir información verbal; trata de comprobar si la realidad corresponde a la palabra: «según ellos me informaron, y yo vi mucho de ello» (fol. 52 v.), «aunque se cuenta y dicen... pero según pude informarme...» (fol. 45 v.), es decir, ante la heterogeneidad de información y comportamiento, se queda con éste. Es más, se da cuenta de que un cierto grado de simpatía es necesario para observar objetivamente y que la perspectiva de un prisionero que teme por su vida no es la mejor para observar y describir con imparcialidad. Cuando en las sesiones judiciales sucesivas los cautivos parecen convencidos de que sus vidas no corren peligro, escribe: «en este día y audiencia comenzamos a perder los miedos de acelerada muerte y concebir algunas esperanzas de vida por la humanidad que los Mandarines nos mostraron, y también nos comenzaron a parecer bien las ciudades de la China» (fol. 27 v.).

La descripción de calles, edificios, puentes y ciudades ocupa varios folios de su manuscrito. Refiriéndose a la ciudad de Chanchiufu (Chang-chou-fu ?) escribe: «tiene muchos y muy buenos y grandes edificios así de Pagodas como de casas reales... y de otras casas particulares, en las mejores de las cuales procuré entrar y ver su traza de propósito... pero lo más insigne... es la calle mayor, muy ancha y muy larga, y toda ella a un lado y a otro llena de todo género de tiendas, unas de mercaderes con mucha variedad de cosas, otras de cosas comestibles, bodegonas, pastelerías y semejantes... hileras de gente vendiendo frutas, verduras, variedad de mariscos y pescados frescos, secos, salados, y mesas en las cuales el puerco, la vaca, y los demás géneros de carne... todo lo cual y su mucha variedad, ocupaba mucho la vista y la entretenía, y hermosea sobre manera la calle. Pero lo que más la hermosea y le da lustre que debe tener calle alguna de Indias y de toda España son 26 portadas o trechos que cogen todo el ancho de la calle, sin dejar oscuridad en ella ni paso peligroso para de noche; todas las grandes y lindísimas piedras y columnas de ella curiosamente labradas, y todo con maravillosa arquitectura y trazo...» (fols. 29 v.).

Aldeas, campos, producciones y frutos llenan también buen número de folios, los cuales, juntamente con los que tratan de la población, carnes y pescados, animales y caza, hortalizas, vino, aceite, aceitunas y cereales, riegos y técnicas de trabajo, mercaderías y mercaderes, oro, plata y otros metales nos proporcionan una base ecológico-demográfica que sirve de marco de referencia para ubicar otros aspectos de la sociedad china (16). Correlaciona la poliginia con la demografía y la economía (fol. 24) y se esfuerza en proporcionar indicadores numéricos para cualificar a los diferentes segmentos de la sociedad. En el capítulo XX nos dice lo que ha averiguado sobre las rentas, haberes, ingresos, ganancias, salarios de mujeres y hombres, soldados y capitanes, oficiales, tenderos, sastres, pescadores, mercaderes, agricultores, «chinos ricos y honrados», mandarines y «visorey». Excelente intento

---

(16) Fols. 43 v.44, caps. XVI, XVII, XVIII y XIX.



de medir el nivel de vida y las fuentes de riqueza (17). También alcanza su relación al rey, a las rentas, tributos, palacios y casa real: «hechas las cuentas por menudo y sacadas en limpio de los libros reales... llegarán sus rentas cada año a ciento y cincuenta y aún a sesenta millones en oro, plata, almizcle, arroz, sedas y en otras varias cosas» (fol. 94).

Uno de los temas centrales del manuscrito es la descripción de la jerarquía de mandarines, sus atributos y competencia, las salas de audiencias y los juicios que presidían, sanciones, prisiones y castigos corporales que imponían, etc. La escala de los mandarines va desde los que representan la autoridad en los pueblos hasta el *Tutan* o gobernador provincial, con poder militar, el de dignidad y oficio de *Mocia* o gran mandarín, el *Samchu* o segundo del reino en su calidad de maestro de campo o general de la gente de guerra, y el «*Bissorey* o gobernador del Reino y Presidente de la Audiencia» (18). Le fascina «el muy gran orden y traza» en el tronco y segmentación del poder político en el país y su jerarquización «con innumerables mandarines dependientes unos de otros, y repartidas las casas y el poder que tienen sin que cada cual tenga tal poder y mano en cosas que pueda arrastrar tras sí al pueblo y levantar algún alboroto, y puesta la mira con gobernar con paz, privando luego de su oficio al que gobierna sin ella. Lo que mucho admira... es también la sujeción grande y obediencia ciega y puntual de los Mandarines menores respecto de los mayores, comenzando de los ínfimos hasta los ...supremos, y éstos para con su Rey...» (fol. 96 v.).

Las salas de audiencia, el protocolo judicial y la llegada de los mandarines están coloreadas en varios folios con soberbias pinceladas. Doy un ejemplo: «antes que el Mandarín llegase a su sala y audiencia... nos tenían siempre a todos los presos en dos hileras con nuestros dogales al cuello, haciéndole para pasar entre nosotros una calle; a nosotros nos rodeaban los soldados... con sus picas plantadas... Entre los

---

(17) En una ocasión llega a calcular lo que gastan los chinos en encender los pebetes de las pagodas: «tuve curiosidad en saber el gasto que cada día o semana harían» (fol. 88).

(18) Fols. 22, 31 y 34 v.

piqueros [había] también ...arcabuceros y otros soldados con otros géneros de armas (19); llegaba pues el Mandarín o Mandarines, cada uno de por sí con su acompañamiento, precedían sus atavillos, campanas y... trompetas que ellos hacen sonar de diversos modos según varias ocasiones... A esta música respondía otra semejante que estaba junto a la bandera... y de este punto se disparaba un... petardo tras el cual abatían todos los piqueros sus picas y banderillas y juntamente daban un gran grito. Seguía luego delante del Mandarín dos hileras de soldados con sus armas, ministros de justicia y criados...», etc. (fols. 25 v.). Sobre los modos de proceder en las causas, jueces, ministros y cohechos hay interesantes párrafos en los folios 45 v., 46 y 47.

La puntillosa etiqueta china aparece bien reflejada en el manuscrito. Los prisioneros tuvieron que aprenderla pronto y practicarla ante los mandarines; el padre Adriano se muestra a veces un tanto despectivo, pero anota los detalles escrupulosamente. Escribe sobre una invitación a comer: «una vez me convidó a mí y a un compañero a cenar un Mandarín rico y grave que actualmente lo era y de la misma villa de Panchiuso y fuimos ocho o diez de mesa: capitanes y chinos principales. Su comida pues en tales ocasiones y orden en el comer era lo que ellos siempre acostumbran. Lo primero de todo sirven el vino, y este caliente; bébenlo puro en unas escudillas tan pequeñas que apenas cabrá en ellas la cantidad de tres o cuatro dedos; entretiéndose hablando y brindándose en el beberlo hasta que casi acaban con todo el vino. Dije casi porque dejan poco para después entre los manjares dar cual o cual sorbito, que lo son ya entonces pocos y raros, y si alguno aguardaba se sirviese algo a la mesa para primero tomar un bocado y con este fundamento beber, como a mí me sucedía, reparábanlo, pero por huésped y extranjero pasaban por este género de descomedimiento.

Llenan luego toda la mesa de diferentes escudillitas que las más de ellas son del tamaño de una salsereta de mostaza y otras algo mayores, y tres o cuatro serán del tamaño de las

---

(19) Sobre los soldados, sus clases, uniformes, ejercicios y disciplina militar escribe en el ca. XIV.

escudillas nuestras ordinarias. En estas mayores ponen en una o dos unos bocadillos de puerco y en otra de ellas bocadillos de gallina (aunque ésta en ninguno de los convites sobredichos la pusieron) y otra del mejor pescado. En las medianas ponen yerbas cocidas, algunos pescadillos pequeños, naranjillas dulces hechas cuartos, hechos bocadillos algunos chicuayes secos, en todas cuartos de huevos duros con sus cáscaras debajo (es uso de la tierra). Tras ser las escudillitas tan pequeñas, en las que tienen algo bueno, para esto, siendo poco, parezca más y abulte, ponen algo debajo, como debajo de cuatro o seis bocadillos de gallina, pescado, o puerco, unas hojas de mostaza cocidas o en salmuera o unos bocadillos de la misma suerte de rábanos y debajo de los huevos duros las cáscaras; en otras ponían algún remedo de turruncillo hecho con chanaica de granos de arroz a modo de tamales; otros de estos con algunos ajos verdes y otras yervas, otras con varios géneros de marisco crudo y salado, otras con cocido, y frío en otras; unos bocadillos de pescado seco; en otras algunas frutillas ácidas y silvestres que suplen por aceitunas. Corrientemente todo lo sobredicho que es cocido a medio fancochar, sin especies ni recondo y todo de ordinario lo sirven frío. En estas pues y otras zarandajas semejantes, van picando con los palillos lo que llevará un pájaro de una vez en el pico, no digo cuervo o sus semejantes, y de cuando en cuando dan como dije un sorbito al vino y hablan y conversan y se detienen buen rato. Acabado esto, sin quitar cosa alguna de la mesa, sirven a cada uno una escudillita de las medianas con arroz caliente, que es el pan que generalmente se come por todas estas naciones; tras una comen luego otra y tras la segunda, la tercera y la cuarta hasta que no quieren más; ponen la escudillita junto a los labios tomándola con la mano izquierda, y con los dos palillos en la derecha embasan aprisa en el estómago el arroz, como si crudo la echaron en algún costal soplando primero y luego llevando para dentro el arroz y respiración a una. Si alguna sobra queda en las escudillitas de las otras viandas cual o cual vez mientras comen el arroz, toman de ella uno u otro bocadillo. Este arroz es el principal sustento de toda su comida, todo lo de las demás escudillitas sobredichas cupiera si lo echaran en un plato de los que noso-

tros llamamos mediano; no parece que lo comen sino por apetito. Para postre sirven una escudillita de canja, que es el arroz muy cocido y raro, y comida ésta, en ella misma sin lavarla, una vez de agua cocida, con la yerba dicha o simple ésta muy caliente sorbiendo y soplando. Ni en comida ni fuera de ella beben agua fría, y si alguna vez es cosa rara, yo jamás me acuerdo que la beban en la mesa más que la vez y el tiempo dicho. Lo sobredicho es convite y ostentación que de ordinario, aunque sea gente principal, no comen tantos potajes y apetitos, aunque sí algunos de ellos cosa moderada» (20).

Sobre la enseñanza, escuelas, estudios y exámenes se muestra el jesuita interesantemente prolijo. Copio lo siguiente como muestra: «las escuelas en número son muchísimas, no habrá aldehuela de veinte o cuarenta casas que no tenga su escuela, ni de población calle que en ella no se hallen algunas escuelas. Casi a cada paso las topábamos y oíamos el aprender en tono de los niños; es fuerza sean muchas en número, supuesta la multiplicidad de muchachos y el no tener a cargo un maestro más de 12 o 15 muchachos en su escuela, con los cuales y sobre ellos solos, está todo el día. Cada muchacho tiene su mesilla aparte y ésta con cajoncillo, y llave y banco en que se asienta. Apenas había amanecido, ni aún apenas había luz para poder ver, cuando oíamos el ruido en el leer de las escuelas y esto infaliblemente, yéndolo yo a ver de propósito para más certificarme. Dábanles un rato entre siete y ocho para almorzar y tras esto sin cesar leían o escribían hasta el medio día, a la cual hora volvían a sus casas para comer y a la una y media o antes otra vez a la escuela. Sin darles tiempo para merendar, proseguían hasta el anochecer y venir a faltar la luz, cosa que mucho me admiraba.

Sabiendo leer y escribir moderadamente con lo cual se contentan los muchos, los hábiles y de ingenio, los hijos de chinos principales y Mandarines pasan a otras ciencias mayores, las cuales estudian y aprenden o en sus casas con particulares maestros o hechos colegiales en colegios, para por letras subir a oficios y dignidades y llegar a Mandarines. Lo que pude entender de sus ciencias, lo primero es: el estudio

---

(20) Fols. 59 y ss.

de su lengua Mandarina que es difícilísima y muy amplia, la cual estudian como nosotros la griega o la latina y lo que en ella tienen escrito, que son sus historias, leyes civiles, sec-tas, fábulas y cosas semejantes, en la cual lengua para cada cosa tienen su letra particular *quot res tot litera*, y para algu-nas muchas letras y entiendo que cada letra sirve de un gero-glífico, y así su estudio es saber leer y escribir sobre todo lo que ocurre, adquiriendo en entrambas cosas ciencia de muchas letras. Lo segundo: letras humanas y arte retórico y un bien hablar con buen estilo y elegancia, y discurrir sobre una ma-teria y cosa particular larga, seguida y inmediatamente; tam-bién componen su género de verso y poesía; estudian también philosophía moral, de que muchos los doctos se precian imi-tando en dichos y sentencias a nuestros Platones y Sénecas y a otros de los nuestros; dándose también algo a Matemáticas, y por la experiencia de los movimientos de los cielos y estre-llas también se dan algo a Astrología y sacan sus repertorios y dicen de antemano cuándo han de ser los eclipses del Sol y Luna, y para todo tienen su número de libros impresos...» (21). Todo lo que sigue sobre exámenes, colegios y colegiales es digno de figurar en cualquier historia de la educación china.

No es de extrañar que la atención del misionero aragonés se centrara desde muy pronto en algo inherente a su condición religiosa. Entra en contacto con bonzos y estudia sus creencias, ideas religiosas, ritos, pagodas, oratorios, imágenes, cemen-terios, género de vida de bonzos y «monjas», procesiones, fiestas, santos, funerales, culto a los antepasados, luto, etc. En varios momentos de su peregrinar prisionero se le acercan bonzos, porque sabían de su condición sacerdotal, para inte-resarse por él y ayudarle. «Llegó a mí uno de los Padres —escribe en el capítulo VIII— o ministros de las Pagodas y quitándose sus medias me dio las de lienzo que debajo lle-vaba, diciéndome que ya sabía que yo era Padre». Y en el siguiente refiere: «antes que nos partiésemos para los pueblos adonde nos enviaban y repartían, nos convidaron a comer a los tres sacerdotes los Bonzos de un Pagode».

Narra (fol. 18 v.) las procesiones nocturnas por las calles,

---

(21) Fols. 68 y v.

cómo «los que no van en la procesión arrodillanse y danse golpes en los pechos», las campanas e instrumentos que tañen en ellas, «las varias e ingeniosas trazas de linternas que llevan con luces», cómo en ninguna casa o embarcación falta su oratorio y cómo delante de las imágenes «todas las más de las noches encienden su lámpara y algunos pebetes, y quemando perfumes se acercan y apartan de sus altarcillos con algunas reverencias y humillaciones». Una noche sus caseros le llevaron a un templo: «estaba lleno de gente que parecía andaba las estaciones y se ocupaban en hacer delante de los pagodes [imágenes] ... muchas humillaciones y reverencias, y en el echar en los braseros perfumes, encender y dejar en los altares pebetes; había muchas lámparas encendidas; los pagodes en número muchos, que llenaban por todas partes las paredes. Estos eran de bulto, unos enteros y otros medios cuerpos, de buen tamaño, bien dorado y pintado el ropaje y vestiduras» (fol. 19).

En cuanto a representaciones de sus deidades, anota las siguientes: «adoraban los chinos una figura de un Pagode que en su rostro tenía tres juntos y en el tamaño, facciones y todo lo demás totalmente semejantes, que todo me era un retrato [?] del misterio de la Santísima Trinidad y en lo que de entrambas cosas decían;... También vi colocada en los altares, y que adoraban, a una figura de mujer llamada Juanima a la cual entre otros varios modos de pintrla, la vi una vez pintada con un niño en los brazos, y el bracillo de éste estendido y en su manecilla un rosario colgado como quien lo estaba dando, y en alto de ella una paloma como asistiéndole en lo que hacía. Parecía un retrato de Nuestra Señora con el niño en los brazos. Otro Pagode de bulto vi cual otro un S. Miguel nuestro; de éste me dijeron unos Bonzos que era el que movía a los chinos a que ellos les diesen limosna, y a él para pedirla se encomendaban primero. Otros vi cuales feísimos demonios respirando fuego como nosotros los figuramos, a los cuales adoran porque no les hagan daño. Otro que parecía ser también uno de ellos con un tercero ojo en la frente y otras muchas figuras de Bonzos a las cuales también hacían su adoración. Unos estaban entre sí conversando, otros muy profundos y pensativos, la barba sobre el puño. Uno esta-

ba levantando la mano para a puñetazos matar a un león o tigre que a sus pies tenía. Otro tenía en la mano una culebra; otro con un palillo se estaba limpiando los dientes como quien acaba de comer. Otro se hurgava las orejas como quien se las limpiaba, y tenía gran comezón en ellas» (22).

Aprovecha la visita a un templo para inquirir sobre el modo de vida de los bonzos o *fusion* y obtiene, entre otras, estas respuestas: «preguntéle también por su modo de vida y en suma me dijo que él era casado, que vivía aún su mujer, pero que hacía 20 años que la había dejado y hecho Bonzo (estaba persuadido que era lícito repudiar los casados a sus mujeres por el celibato), que hacían penitencia los Bonzos en aquel estado, y así que ninguno de ellos comía carne, ni huevos ni pescado; ni bebía vino, en lo cual sólo consistía su ayuno; que vivían en comunidad y conventos con superior, y los que sin él y fuera de ellos eran Bonzos fugitivos; que acudían todos al coro y asistían en él y sus oficios mientras se gastaba toda una candelata encendida en el altar delante de su Pagode, y segunda vez volvían y asistían en el coro desde las cuatro de la mañana hasta salir el sol, y otra tercera vez a la tarde y a todo, y al refectorio acudían llamados con su género de campana; que antes de comer daban juntos la bendición y después la acción de gracias, y que por no acudir a las obediencias dichas, o por comer carne o lo demás prohibido, les mandaba azotar su Superior con la caña, aunque por la modestia, sobre sus calzones de lienzo; pero que para salir del convento o quedarse fuera de él a dormir, o para ir a otros pueblos que no usaban pedir licencia; que se vestían y sustentaban de las limosnas que por las puertas pedían, y las que así recogían las entregaban para el sustento de todos, aunque también cada particular tenía su bolsa y platilla propia; preguntéle si podían dejar de ser Bonzos: respondió que los que retrocedían dejando de serlo morían luego; y de sus estudios me dijo que solamente eran de cosas tocantes a sectas y ritos de sus Pagodes. Decía que era bueno hacer penitencia, que había premio en el cielo para los buenos y penas en el infierno para los malos. Pero luego lo confundía todo

---

(22) Fols. 42 v. y 43.

con mil yerros, concediendo transmigración de las almas a otros cuerpos, y el renacer en ellos tras algunos años, y en otros mundos, y que con sus oraciones y rezos, sacaban los Bonzos, dándoles limosna, de la pena del infierno a aquellos por quienes rezaban» (23).

A la descripción de ritos funerarios, concretamente los que él presenció en honor de un soldado muerto, dedica parte del capítulo XI. Sobre las monjas o *nico*, modo de vida, ayunos, obediencia, regla, estudios, etc., escribe en los folios 41 v-42.

Al llegar a la segunda parte del manuscrito el lector se encuentra con una agradable sorpresa: consiguió de un chino de Manila que lo ilustrara con docenas de dibujos referentes al texto. Las figuras vienen además comentadas para que no haya lugar a duda sobre el significado (24). Voy a listar, en resumen, los dibujos del manuscrito. Comienza con el ropón de los mandarines, cintos y botas; sigue el vestuario de las ocho grandes familias chinas, el de «mandarines muy graves», lo que visten el día aniversario del nacimiento del rey; la indumentaria de estudiantes, licenciados y letrados; los gorros, bonetes y ropas de mandarines, capitanes, chinos y «chinas bajas»; muestras de armas, verdugos y suplicios o instrumentos de tortura; tocados, lutos, báculos, cofias, faldillas, abanillos, medias, pañuelos, zapatos, etc., distinguiendo siempre los que corresponden a las distintas calidades de personas, hombres y mujeres. El rey y la reina, sus atavíos, tocados, cintos, sayas, los mandarines llevados a hombros, tirasoles y caballos ensillados, etc, terminan la sección extraordinariamente rica, del atuendo.

Otra colección de dibujos es la formada por aquellos que pintan cómo los chinos cargan o llevan las cosas, la fabricación o trabajo de las mantas, las representaciones de banderas, campanas, trompetas e insignias de mandarines, y por último

---

(23) Fols. 35 v. y 36 v.

(24) «Escogí pintor chino... el qual en la puntualidad de facciones y otras cosas propias de la China y Chinos las sacó muy conformes a lo que representan, y fuera muy difícil con pintor europeo de primera instancia sacarlas tan al vivo y propiamente como van» (fol. 142 v.).



sepulturas, santeros, imágenes de los templos y secretarios de los mismos.

He intentado dar a conocer los aspectos del manuscrito que me parecen más interesantes. Ciertamente que el padre de las Cortes se muestra a veces agrio y un tanto displicente de los chinos y su modo de vida al compararlo al europeo, pero hay que tener en cuenta las privaciones, humillaciones y trato duro a que, con sus compañeros, fue sometido por los nativos, quienes se aprovecharon de la impotencia de los náufragos. En conjunto predomina, no obstante, la nota objetiva, moderada, de apreciación y agradecimiento a las atenciones que recibió. Y desde luego que sus observaciones y notas sobre la economía, la jerarquía política, la educación y el ritual hacen del manuscrito una fuente etnográfica de excepcional importancia e imprescindible para el conocimiento de China en la primera mitad del siglo XVII. Y en cuanto a los dibujos, no tiene paralelo alguno la excelente impresión visual de la Gran China con la que nos regala. Lástima que el manuscrito esté sin publicar.

*Departamento de Antropología y Etnología de América.  
Universidad Complutense de Madrid.*